

María Cristina

—Para la Corona Fúnebre
de Dña. MARÍA CRISTINA de HERDOCIA—

Evoco su figura de princesa, como la ví en una noche lejana, magnífica en la serenidad de su hermosura.

Tenía la presencia de las jóvenes reinas que ven el mundo efímero desde las cumbres en que irradian deslumbradoras: que miran, con ojos magnánimos, la sempiterna vanidad de las cosas y las brumas de las almas: que sonríen, en las mañanas fragantes, a las formas simples y puras de la naturaleza; y que pasan fugitivas dejando en los corazones un recuerdo perfumado.

Elegante y bella en su gracia corpórea, era aún más bello su espíritu luminoso, pródigo ante el dolor ajeno, derramándose en bálsamos de misericordia sobre los humildes, consolando las desventuras, alzando una voz de divina esperanza en las supremas desolaciones.

Bendita su mano pálida, que fulguró en la penumbra de las crueles miserias como una celeste flor preciosa; que enjugó cálidas lágrimas y acarició a los huérfanos anónimos: amparo de los hambrientos, redención de los caídos, abierta siempre para ofrecer sus dones y para levantar al desgraciado...



Dña. María Cristina de Herdocia

Murió el 8 de octubre de 1924.

Su piedad fué como un río de frescas aguas fertilizando las calcinadas comarcas en que los parias gimen su angustia; como una perpetua lluvia de rosas sobre los páramos ardientes.

Su Fe, fuerza primordial de su vida, la retuvo a toda hora suspensa entre la tierra y el cielo, como las palomas blancas que reposan a medias sobre los árboles con las alas abiertas... Pudiera decirse que su planta se deslizaba apenas por el mundo, con el espíritu y los ojos fijos en las alturas misteriosas...

Única en los diversos aspectos de su terrena encarnación—como hija, como esposa y como madre—su hogar fué un oasis florido iluminado por sus virtudes.

Pasó resplandeciendo de amor y de caridad; y hoy es sólo una sombra en las regiones de ultratumba.

Pero el Olvido no borraré jamás su remembranza melancólica, suave y triste como las remotas músicas oídas en los sueños...

FROYLÁN TURCIOS.

Tegucigalpa,
2 de noviembre de 1924.

es el otro aspecto del asunto. Que no ha habido, que no hay colegio en el país más combatido y maltratado por toda forma de murmuración y hostilidad. Los graduados, víctimas en muchas ocasiones de la mala voluntad que conspira contra la Escuela o que persigue a sus directores, se han encontrado obligados a reaccionar contra el obstáculo, a veces con violencia. Se han acercado más íntimamente, en otros casos, a la institución, al sentirse perseguidos, y ella, a su vez, ha experimentado la complacencia de una lucha en que la apoyan o en que apoya a los hijos.

Pero la verdad es que la Escuela no ha hecho todavía suficiente trabajo, ni bien dirigido, para servirle a esos hijos. Como no lo ha hecho para beneficiarse de la estimación que le profesan, más activamente. En el primer aspecto, debe tender a crear medios de contribuir al perfeccionamiento de las tareas de sus graduados. En el segundo, debe interesarse por recoger la creciente experiencia de ellos a fin de aplicarla a la rectificación y así al enriquecimiento de los estudios que modestamente puede ofrecer.

Habrà que hacerlo con entusiasmo y firmeza, aun cuando con ello llegue a ser mayor la razón para que se la acuse de exclusivismos. Pues mientras éstos no sean vehículos de odios, ni de ambiciones, ni de sectarismos, no habrá qué reprocharles. Sino que a la Escuela, en tanto que expresen lealtad hacia ella, devoción o fe, le traerán honores.

OMAR DENGÓ

Baldomero Sanín Cano

Después de diez y seis años de ausencia regresó a Bogotá ayer don Baldomero Sanín Cano, uno de los más altos exponentes de la intelectualidad colombiana, y quien ha hecho en el exterior honor al nombre de su Patria. Sanín Cano en Londres, en Madrid y en dondequiera que residió, ya como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, ya en otros altos puestos, halló el suyo en la primera fila. Su poderosa mentalidad, su ilustración vastísima, sus cualidades personales de todo género, se imponían el respeto y la consideración de cuantos frecuentaban su trato.

Y sin embargo, es él la misma persona modesta, sencilla, afable, el mismo filósofo amable y peripatético que conocimos en Caserta, su residencia de Chapinero, a donde iban en peregrinación hace cinco lustros los intelectuales bogotanos a oír de sus labios todas las teorías modernas, los comentarios sobre el último libro. Sobre libros y teorías que aún hoy son nuevas entre nosotros.

Sanín Cano es miembro de la Representación Nacional. Su presencia en el país, en esta hora en que la más grave de nuestras crisis es la crisis de hombres, la carencia de personal directivo, tiene una grande importancia.

Nosotros presentamos al ilustre viajero nuestro saludo muy cordial y ponemos a sus órdenes las columnas de este diario.

(*El Tiempo*, Bogotá).